

# LA ALFABETIZACIÓN DIGITAL

Luis DE LA PEÑA y Miguel Ángel CONESA

## Resumen

Las nuevas tecnologías y formas de comunicación están presentes en nuestra vida. Les hemos dado un “me gusta”. Esto produce cambios a distintos niveles: cognitivos, sociales, relacionales, educativos y emocionales. El cambio existe y de un modo u otro estamos posicionados. Por eso es necesaria una reflexión sobre ello desde un planteamiento que considere al ser humano en su integridad.

Ofrecemos unas consideraciones sobre el camino a seguir para una verdadera alfabetización digital que nos proporcione las claves para el desarrollo como personas en todas sus dimensiones.

## Abstract

### The digital literacy

New technologies and communication ways are present in our lives. We have given them a “Like”. This produces changes at different levels such as cognitive, social, relational, educational and emotional. The change exists and, in one way or another, we are already positioned. This is why it is necessary a reflection about this topic from an approach that considers the human being in its entirety.

We offer some thoughts on the way forward for a true digital literacy, which provides us the keys to development as persons in all its dimensions.

**Palabras clave:** Tecnología de la comunicación. Alfabetización digital.

**Key words:** Communication technology. Digital literacy.

## Introducción

Los avances tecnológicos en el ámbito de la electrónica y de la informática en la segunda mitad del siglo XX han supuesto una auténtica

revolución económica, social y cultural cuyas consecuencias ya vivimos y experimentamos en nuestra vida cotidiana. En las últimas décadas se ha intensificado esta revolución con la implantación de la tecnología digital en diversos y múltiples instrumentos y aparatos de consumo convertidos en auténticos objetos de deseo por la economía de mercado. Son las denominadas Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC) dirigidas a la elaboración, almacenamiento y difusión digitalizada de información mediante redes de telecomunicación multimedia.

Nos referimos en este sentido a los ordenadores (de sobremesa, portátiles, tabletas, etc.), los videojuegos (consolas domésticas y portátiles), los reproductores de audio y vídeo, la telefonía móvil (especialmente, los *smartphone* o teléfonos inteligentes, y sus múltiples aplicaciones o *apps*). Y junto a ellos al enorme desarrollo y difusión de Internet y sus diversos programas (correo electrónico, buscadores, páginas web, comercio electrónico, redes sociales, blogs, videollamadas, chats, etc.) entre millones de usuarios a lo largo y ancho del mundo. Si a ello unimos la permanente presencia del medio televisivo podemos concluir que gran parte de nuestra vida está asociada a uno u otro tipo de pantalla.

Todas estas tecnologías han contado con la aprobación voluntaria y entusiasta de la población. Las hemos incorporado rápida y gustosamente a nuestras vidas hasta sentir las imprescindibles para nuestra cotidianeidad. Nos hemos acostumbrado al uso de la telefonía móvil hasta tal punto de sentirnos incómodos cuando salimos a la calle sin nuestro *smartphone* o cuando estamos limitados en nuestra conectividad en las redes sociales o en los programas de mensajería instantánea. Nos genera ansiedad buscar la aceptación del resto y el poder responder de la manera más inmediata posible con nuestros mensajes a las demandas comunicacionales que nos llegan por diversas vías (correo, redes sociales, móviles, etc.). Aceptamos estar permanentemente conectados incluso cuando estamos en el ámbito escolar o en el ámbito laboral o cuando compartimos momentos de encuentro y convivencia personal en nuestro tiempo libre (reuniones de amigos, reuniones familiares, etc.).

Valoramos y queremos los beneficios que nos ha aportado el uso de Internet como tecnología intelectual: a través de una misma pantalla de ordenador podemos acceder a un volumen sin precedentes y en permanente actualización de información, presentada de manera interactiva y multimedia lo que refuerza nuestra motivación de búsqueda. Al mismo

tiempo podemos pasar rápidamente a disfrutar de nuestras aficiones audiovisuales (juegos, música, videos, etc.) o de ponernos en contacto con nuestros compañeros, amigos o familiares o comunicarnos con personas desconocidas en cualquier parte del mundo, para hacerles llegar fotos, videos, mensajes de texto y audio de nuestra vida privada o pública. Igualmente, podemos gestionar innumerables procedimientos administrativos y comerciales necesarios para nuestra vida sin salir de nuestro domicilio.

No hay duda: hemos pulsado el clic del “me gusta” a las tecnologías digitales.

Podemos atribuirlo desde planteamientos sociológicos deterministas a la indudable presión del mercado consumista que sigue obteniendo crecientes beneficios económicos de la venta de múltiples aparatos y aplicaciones digitales. Los hemos convertido en prioritarios objetos de deseo cuya durabilidad está sometida a la obsolescencia incluso simbólica: “La aparición de un nuevo modelo basta para llevarnos a abandonar aquello que se ha vuelto sutilmente antiguo, sobre todo si los vecinos lo hacen también” (Latouche y Harpagés, 2011, p. 30).

Pero, si se han implantado con el éxito que comprobamos ¿no es porque amplía nuestras posibilidades y capacidades intelectuales? ¿No es porque ha supuesto la satisfacción de múltiples necesidades humanas como la comunicación y las relaciones personales, el trabajo, el ocio, el acceso a información, etc.? Las respuestas a estas preguntas, sin duda, son afirmativas.

Sin embargo, es necesario hacernos conscientes de la complejidad y las consecuencias que el uso de estas tecnologías tiene en la transformación interior de nuestra conciencia. No son meras estrategias y herramientas externas al ser humano sino que al ser utilizadas por el hombre influyen y reestructuran el lenguaje y el pensamiento. Como tecnología intelectual que son se convierten en las “herramientas más íntimas, las que utilizamos para la autoexpresión, para dar forma a la identidad personal y pública, para cultivar nuestras relaciones con los demás” (Carr, 2011, p. 62). Son *armas de doble filo*: nos ayudan a mejorar nuestra calidad de vida, nos hacen la vida más cómoda, segura y controlable, pero no están exentas de riesgos.

La esencia de la técnica es ser un medio para un fin. No existe neutralidad de la técnica. “Todo estriba en manejar la técnica, en cuanto

medio, de la manera adecuada. Se quiere, como se suele decir, ‘tener espiritualmente en el puño’ a la técnica. Se la quiere dominar. El querer dominarla se hace tanto más urgente, cuánto más amenaza al control del hombre” (Heidegger, 1997, p. 115). Ante el auge de las nuevas tecnologías la peor de las decisiones es mostrar una actitud pasiva en lugar de ejercer una elección responsable: tenemos la misión de adaptar y ajustar el uso de los medios digitales de acuerdo con nuestras necesidades, valores, intereses y anhelos, al servicio de finalidades auténticamente humanizadoras. Y esto es especialmente importante cuando son nuestros niños y adolescentes uno de los sectores de población que más está utilizando la tecnología digital.

Es una realidad que muchos jóvenes (y adultos) están delante de múltiples tipos de pantallas (ordenador, videojuegos, televisión, móviles) más de ocho horas, un tiempo excesivo por encima de lo que es una jornada laboral o el tiempo normal para el descanso. Este uso excesivo tiene un efecto negativo en su rendimiento académico y sus relaciones sociales, sobre todo si el uso de estas tecnologías no tiene ningún control parental.

No es de extrañar la preocupación en torno al riesgo que puede suponer esta exposición excesiva para la salud y la necesidad de proteger al menor frente a esta tecnología. El uso patológico y las adicciones a Internet y a las tecnologías digitales son ya una realidad a tener en cuenta especialmente en la población joven. “Se calcula que el 20% de esta generación más joven cumple los criterios médicos que definen el uso patológico de Internet: su estancia online es tan prolongada que interfiere negativamente en casi cualquier otro aspecto de su vida. El uso excesivo de la Red disminuye su rendimiento académico y trastoca su vida social” (Small, 2009, p. 46). Por eso se hace imprescindible prevenir la adicción, entendida como afición patológica que genera dependencia y resta libertad, en tanto que estrecha el campo de conciencia y restringe la amplitud de intereses. Hay una pérdida de control y existe dependencia, que nace al principio por el uso de reforzadores positivos (lo placentero) y luego por negativos, por alivio de la tensión emocional. Cada vez con mayor claridad se están produciendo adicciones a la tecnología y lo que podemos denominar la patología de la conexión permanente, donde busco cobertura para por si acaso alguien se comunica o me llega ese correo que seguramente es el punto de inflexión de mi vida. Y no importa si estoy comiendo, durmiendo o veraneando, siempre tengo que estar con cobertura y pendiente del móvil (y sus funciones). “Con la incorporación del móvil en

la vida diaria parece que la frontera entre distintos ámbitos como el laboral, el familiar o el de ocio queda desdibujada. Estamos permanentemente conectados, veinticuatro horas al día, siete días a la semana (muchos utilizan el término 24/7 para referirse a este fenómeno), y esto hace que podamos recibir una llamada de un familiar estando en la oficina o, por el contrario, llegar a casa a última hora del día y seguir recibiendo mensajes o llamadas relacionadas con el trabajo” (Tolsa, 2007, p. 183).

Si no tenemos en cuenta los riesgos reales que las nuevas tecnologías presentan y si no asumimos un protagonismo activo y responsable en su aprendizaje y utilización, el panorama que se plantea es, para muchos autores, pesimista. Y ello por un doble motivo paradójico: de un lado porque se trata de tecnologías con un gran poder psicológico de manipulación sobre nuestra conciencia; y del otro porque nos entregamos a ellas con la sensación de liberación cuando podemos estar aceptándolas mediante una coacción interiorizada. “Cojemos tras el medio digital, que, por debajo de la decisión consciente, cambia decisivamente nuestra conducta, nuestra percepción, nuestra sensación, nuestro pensamiento, nuestra convivencia. Nos embriagamos hoy con el medio digital, sin que podamos valorar por completo las consecuencias de esta embriaguez. Esta ceguera y la simultánea obnubilación constituye la crisis actual” (Han, 2014, p. 11).

Frente a escépticos y entusiastas de las nuevas tecnologías es necesario apelar a la capacidad del ser humano de conducir su propia vida, de responsabilizarse del uso adecuado y valioso de la técnica digital actual. Hablamos de un auténtico empoderamiento digital para lo que vamos a necesitar una nueva alfabetización digital. Los riesgos y las posibilidades de estas tecnologías dependerán de ello. Ante esta realidad, caben dos posibilidades por lo menos; la primera tiene que ver con demonizarlas; la segunda, con aprovechar lo positivo. Posicionarse es ya un reto y una decisión. No hay ángeles ni demonios, sino una nueva realidad que merece nuestra consideración. “El hoy y aquí son digitales, pertenecen a los nativos digitales. Luchar contra esta migración, evitarla o marginarla son estrategias abocadas al fracaso” (Cassany y Ayala, 2008, p. 67).

Lo cierto es que el cambio es global y no sólo afecta a la forma de leer, buscar información o manejar los datos, pues se trata de un “cambio profundo en las formas de acceso, circulación y construcción de la información y el conocimiento” (Cassany y Ayala, 2008, p. 53).

La educación en el mundo actual no puede vivir de espaldas a la realidad de la implantación y penetración de las TIC como instrumentos del proceso de socialización cultural del ciudadano del siglo XXI: el analfabetismo digital favorecerá los procesos de exclusión (cultural, social, política, económica). La brecha digital, que no solo se abre entre generaciones sino entre grupos sociales, debe ser afrontada desde una profunda y nueva alfabetización digital. “Con frecuencia pienso que nuestras sociedades se dividirán en poco tiempo (o que ya están divididas) en dos clases de ciudadanos: aquéllos que sólo ven televisión, que recibirán imágenes prefabricadas y por lo tanto, definiciones prefabricadas del mundo, sin ningún poder para elegir críticamente el tipo de información que reciben y los que saben cómo tratar el ordenador, que serán capaces de seleccionar y elaborar la información” (Eco, 2012, p. 53ss).

La orientación que debe seguir esta alfabetización digital dependerá de los presupuestos pedagógicos, filosóficos, sociales y políticos de los que partimos. La logoterapia y el análisis existencial de Viktor Frankl fueron concebidos como una propuesta de psicoterapia y como la antropología metaclínica en la que se fundamenta. Pero, sin duda alguna, desde esta fundamentación antropológica también podemos afirmar la naturaleza educativa de la aportación frankleana. De hecho la logoterapia ha sido definida como “educación a la responsabilidad, mediante la conciencia de tareas, valores y metas, y así permite a los pacientes encontrar sus propias respuestas sobre el sentido” (Lukas, E., 2000, p. 36).

Algunas de las aportaciones en el ámbito pedagógico de la logoterapia frankleana están orientadas hacia:

1. Una reflexión sobre los fines del quehacer educativo a partir del modelo antropológico de persona como “ser-en-el-mundo” y “ser-con-los-otros”: autotrascendencia.
2. La educación en valores como creencias en acción que posibilitan el descubrimiento del sentido en cada situación y en cada persona concreta.
3. La relación humanizadora entre docente y alumnado: proceso de acompañamiento.

Bruzzone conceptualiza la finalidad educativa desde Frankl como *autoconfiguración*: “el propósito de la actividad educativa no consiste en dar forma a una persona, sino en habilitarla para dar forma a sí misma, es decir, de cultivar la libertad y la responsabilidad como condición de una existencia auténtica” (Bruzzone, 2011, p. 139). Me configuro, doy forma

a lo que soy en mi actuar, cuyo origen proviene de la capacidad humana de asumir la responsabilidad de su propia existencia en su toma de decisiones. La educación está llamada a formar la autonomía del ser humano frente a sus condicionamientos internos y externos.

Frente a un modelo de educación basado en la mera transmisión de conocimientos que el sujeto debe asimilar y aprender, el paradigma frankleano se orienta a los procesos que permiten afinar la conciencia, “abrir a la conciencia la experiencia del mundo, para que ella perciba los significados sobre la base de los cuales estructurar responsablemente la propia existencia” (Bruzzone, 2011, p. 172). Esta apertura a los significados del mundo requiere un pensamiento reflexivo y comprensivo, un pensamiento complejo alejado de la superficialidad y la dispersión a la que precisamente nos están acostumbrando las tecnologías digitales. Y requieren también de una inteligencia emocional, un conjunto de habilidades, entre las que destacan el autocontrol, el entusiasmo, la empatía, la perseverancia y la capacidad para motivarse a uno mismo, que nos permiten conocer y manejar adecuadamente nuestras emociones como señales orientadoras en la búsqueda de sentido.

Desde esta perspectiva cualquier planteamiento de la alfabetización digital centrada únicamente en el aprendizaje de los conocimientos y destrezas técnicos para poder manejar el hardware o el software resulta reduccionista. Es necesario pero no suficiente: carece de un sentido. Podría reforzar el poder alienante que toda tecnología tiene: desarrollar una formación del joven como futuro trabajador competente tecnológicamente en una sociedad de mercado, pero sin saber reflexionar sobre sus valores de uso y su capacidad para recrear y transformar críticamente la cultura y la sociedad en la que vive. La alfabetización debe posibilitar a la persona a comprender el texto, a conectarlo con su propia experiencia vital y con entorno sociocultural en que se desarrolla. Para ello es necesaria una visión más holística en la que se integren varias competencias o dimensiones (Area, 2012, p. 30-32) que pasamos a considerar.

### **Dimensión instrumental**

Consiste en adquirir el conocimiento práctico y las habilidades para el uso del hardware y del software o programas informáticos. Hay que diferenciar entre los *sustantivos* (las herramientas tecnológicas: email,

Google, Wikipedia, Facebook, Powerpoint, etc.) y lo que es realmente importante en educación, a saber, lo que sabemos hacer con las tecnologías, los *verbos* (las habilidades: buscar información, comunicarse, analizar, etc).

Algunas propuestas apuntan a la necesidad de no precipitar la introducción de las nuevas TIC en las primeras fases de educación formal debido a sus consecuencias neurológicas y de aprendizaje. En este sentido sería adecuado priorizar los aprendizajes en los medios basados en el lenguaje oral, la lectoescritura y el dominio del lenguaje audiovisual antes de acceder a la utilización de los medios basados en Internet: “Una correcta alfabetización digital, combinada en el tiempo y en el método con la alfabetización clásica, formará nativos y por añadidura bilingües, ya que sabrán moverse igualmente bien en la Galaxia Gutenberg y en el mundo Internet” (Sacristán, 2013, p. 94). Leer en la pantalla de un ordenador o leer un libro no es lo mismo. La lectura profunda requiere un aprendizaje esforzado de habilidades, un entrenamiento de nuestra mente reflexiva que construye activamente el conocimiento y el pensamiento.

Un factor decisivo lo constituye el hecho de que los padres conozcan o aprendan el manejo de las herramientas digitales para orientar en el uso adecuado de las nuevas tecnologías y aseguren el control del uso seguro y saludable que hacen de las mismas sus hijos, como medio de prevención y sensibilización de sus riesgos y de maximizar las posibilidades.

## **Dimensión cognitivo-intelectual**

Aprender implica acceder a la información, analizarla críticamente y utilizarla de forma inteligente para descubrir su significado y poder reconstruirla personalmente con nuevas informaciones y experiencias. “El tratamiento de las informaciones que las convierte en conocimiento es producto de la actividad conjunta máquina-humano, aunque con una importancia bien distinta, desde luego: la máquina recibe y organiza los datos que hacen posible el conocer. Pero conocer, en sentido estricto, es monopolio del *homo sapiens*”. (Sacristán, 2013, p. 35ss).

Internet nos ofrece un acceso inmediato y rápido a un enorme volumen de información sin precedentes en la historia de la humanidad. Con los motores de búsqueda, esta información se ha ordenado y facilita-



do su acceso en cualquier parte del planeta que disponga de conexión telefónica (banda ancha fija o móvil). Además está presentada de forma multimedia (con audios y videos asociados al texto) y con múltiples vínculos que relacionan y amplifican *ad infinitum* la información y que hacen tan atrayente el uso de Internet. La propia presentación multimedia nos exige una división de la atención que hace que se disperse en múltiples tareas, lo que reduce su eficacia.

La acumulación de información no garantiza por sí misma un mayor conocimiento. Incluso puede generar un efecto contrario: confusión ante informaciones contradictorias, dificultades para la comprensión, ansiedad en la toma de decisiones, etc. Ya en 1996 el psicólogo David Lewis acuñó el concepto de *Information Fatigue Syndrom*. También se ha difundido en este mismo sentido el concepto de *infoxicación* en el que se asocian los conceptos de información e intoxicación: la acumulación de datos por sí misma no genera ni verdad ni comprensión.

Ante tal volumen de información nuestras formas de lectura delante del ordenador están cambiando. Nos adaptamos mediante un acceso y un procesamiento de la información más acelerado. No se lee de manera profunda y concentrada sino que hemos aprendido a rastrear rápidamente el texto sin llegar casi a leerlo, localizando el titular, el resumen, la palabra-clave. La lectura no sigue el curso que marca el autor; el lector decide que links quiere abrir, qué información quiere añadir o complementar: la lectura se hace más compleja. Pero no olvidemos que es un potencial de enriquecimiento. La clave, como en todo, está en la libertad personal para decidir qué vínculos sigo o no, porque los enlaces invitan a perderse. “La extracción aislada de 'contenido relevante' sustituye a la excavación lenta en búsqueda de significado” (Carr, 2011, p. 203).

La lectura del texto impreso requiere una práctica de concentración de la atención en la decodificación lineal del mensaje contenido. Esta lectura necesita silenciar las distracciones para centrarse en la comprensión como única tarea cognitiva, “el silencio formaba parte del sentido que se abría paso en la mente” (Carr, 2011, p. 135). La lectura profunda requiere un aprendizaje esforzado de habilidades, un entrenamiento de nuestra mente reflexiva que construye activamente el conocimiento y el pensamiento.

Evidentemente el uso masivo de las tecnologías digitales está produciendo cambios en nuestro funcionamiento cognitivo priorizando

unas habilidades mentales que se erigen victoriosas sobre otras que al no utilizarse se van reduciendo y atrofiando. “Cuando nos conectamos a la Red, entramos en un entorno que fomenta una lectura somera, un pensamiento apresurado y distraído, un pensamiento superficial” (Carr, 2011, p. 143ss) con el consecuente “debilitamiento de nuestras capacidades para el tipo de ‘procesamiento profundo’ en el que se basa la adquisición consciente de conocimiento, el análisis inductivo, el pensamiento crítico, la imaginación y la reflexión” (Carr, 2011, p. 173). Es importante tener en cuenta estos riesgos en los cambios que se pueden producir a nivel cognitivo por el uso de las tecnologías digitales. Los cambios en el sistema cognitivo reconfiguran tareas como la adquisición y acceso al conocimiento y la organización de los esquemas de conocimiento y pensamiento, naciendo marcos de pensamiento diferente con representaciones nuevas.

El cambio más significativo se produce en el cerebro, mediante el establecimiento de nuevas redes neuronales. Todo cambio en el cerebro producirá cambios en la conducta y, alternativamente, todo cambio en la conducta producirá cambios en el cerebro. La tecnología cambia la forma de vivir y comunicarnos. Altera en cerebro, estableciendo nuevas sinapsis y caminos neuronales. Cambia la forma de sentir y comportarnos. Y los cambios cerebrales se pueden convertir en permanentes. Se producen nuevos circuitos neuronales y desarrollo de formas alternativas de aprender y pensar. El cerebro aprende a acceder y procesar más rápidamente la información y a pasar más rápidamente de atender a una tarea a otra. El cerebro se forma. Aquello a lo que atendemos, en lo que empleamos nuestros sentidos, lo que recordamos, influye en el desarrollo de conexiones neuronales. Lo que hacemos y cómo lo hacemos altera los flujos químicos de nuestras sinapsis, cambiando nuestro cerebro.

Otro cambio significativo se advierte en la capacidad de realizar actividades multitarea. La juventud pasa el 80% del tiempo en multitareas, también en el aula. No se puede obviar, más bien hay que aprovecharlo. La multitarea se basa en el procesamiento en paralelo frente al lineal. Se puede atender a varias tareas a la vez, simultaneando estudio, por ejemplo, con tener abierta comunicación vía WhatsApp o Twitter, se puede estar centrado (o descentrado) en varias tareas al mismo tiempo, manteniendo de manera simultánea la atención en diversas actividades. No es difícil ver situaciones de este tipo: escuchamos música mientras realizamos las tareas escolares y estamos pendientes además de los mensajes de WhatsApp; hablo por teléfono con el manos libres mientras conduzco mi automóvil y consulto de reojo el GPS; una comida familiar se ve inte-

trumpida por el volumen de la televisión y por una nueva actualización en mi red social o por una llamada de teléfono; mientras trabajo en mi despacho en una hoja de Excel me dispongo a abrir y consultar mis correos electrónicos aprovechando la llamada telefónica de un colega que llega a sentirse molesto porque escucha el teclado mientras dialogan, etc.

Pensamos que podemos mantener la atención simultánea con la misma eficacia a todas las tareas cuando lo que se consigue es una atención dividida, dispersa, distraída. Creemos que nuestro rendimiento no disminuye por atender simultáneamente varias tareas en lugar de realizar las diferentes tareas de forma lineal, sucesiva y con un mayor grado de concentración. Pero no es así. Suelen conducir a un mayor grado de estrés, de déficit en la atención, a una visión más superficial en la comprensión y por tanto a una eficiencia menor en el rendimiento cognitivo.

La escritura ya no es el único modo de representación del conocimiento. La imagen, bien inserta en fotos o vídeos, bien expresada mediante emoticonos, transmite información, para muchos de nosotros, suele ser un cambio enorme, en el sentido de que estamos acostumbrados al lenguaje escrito y el cambio a la imagen cuenta. Los niños y jóvenes, los nativos digitales, *saben* interpretar los iconos perfectamente, sin lugar a vacilaciones. A nosotros nos cuesta más, quizá por el hecho de tener que aprender y de renunciar a lo que conocemos: las letras. Una imagen, recordemos, vale más que mil palabras, y estamos en la era de las mil palabras expresadas en un símbolo. La comunicación visual es, hoy, más influyente que la verbal. Las imágenes se creen a pies juntillas, transforman al individuo; el problema es cómo mejorar ambas.

Las letras y símbolos se unen para expresar sentimientos. Y está comprobado que los emoticonos activan la circunvalación frontal inferior derecha del cerebro, la que controla la comunicación no verbal.

La función del profesorado sigue siendo fundamental como agente educativo orientador en la búsqueda tan abierta de la información: los alumnos digitales (nativos e inmigrantes) aprecian y valoran la mayor libertad para elegir en una oferta no limitada de acceso a la información y a los servicios de búsqueda que necesitan. El profesor debe ayudar aportando sentido y organización en esta búsqueda de datos y conexión de enlaces para que sigan una trayectoria de construcción de significación, de resolución de problemas e inquietudes intelectuales.

Nuestro cerebro es social y necesita de la interacción con otras personas para desarrollarse. Los teóricos del aprendizaje dialógico defienden que el conocimiento se crea en situaciones de interacción comunicativa entre diferentes personas. La interactividad de la red ofrece una oportunidad de abrir los procesos de enseñanza y aprendizaje a los alumnos más allá del aula y del centro escolar mediante el diálogo no sólo con el entorno más inmediato (familia, comunidad escolar, instituciones sociales y culturales, etc.) sino que realmente puede abrirse a una comunicación globalizada. La interactividad favorece la construcción de un conocimiento más significativo y más inclusivo.

### **Dimensión emocional**

Si con el uso de medios digitales ampliamos un tipo de pensamiento que hemos caracterizado como más superficial, apresurado y distraído no resulta aventurado pensar que ello pueda afectar empobreciendo nuestra competencia emocional superior, aquella que hace referencia a las habilidades interpersonales, la empatía y el desarrollo moral del ser humano, que requieren de una mayor complejidad y profundidad. Un ejemplo: la consecuencia más grave que se valora del uso excesivo de videojuegos de acción y combate, con un bombardeo de imágenes de elevadísima violencia, es la desensibilización hacia el sufrimiento de otra persona. Normalizar la agresión en el mundo virtual se proyecta también en el mundo real.

Cada vez dedicamos más tiempo a las interacciones sociales en Internet: en la medida que crece el número de contactos su valor emocional disponible decrece debido a los recursos tanto temporales como cognitivos que podemos disponer para ello. Especialmente en la población juvenil es fundamental aprender a manejar adecuadamente las vinculaciones que se crean en Internet dada la importancia que en estas edades ejerce la socialización con los iguales.

En las redes sociales más generalistas se promueve la comunicación y las relaciones afectivas en las que se prioriza la expresión de afectos *positivos* (Facebook solo deja indicar un “me gusta” a los mensajes transmitidos, no un “me desagrada”). La presión hacia la positividad en el grupo en red puede manifestar la otra cara de la moneda entre los más jóvenes: su miedo a la exclusión. Las reglas que dirigen la incorporación

y pertenencia de los miembros a una red (y en las que hay más apariencia de libertad de la que realmente existe) pueden ejercer una presión hacia un conformismo gregario que ya Frankl denunciaba como formas sociógenas de neurosis como consecuencia del vacío existencial: “¿Consecuencias? Una de dos: o el hombre quiere únicamente lo que los demás hacen, y eso se llama conformismo. O bien ocurre lo inverso: él hace únicamente lo que los demás quieren, en cuyo caso tenemos el totalitarismo” (Frankl, 2001, p. 18).

La alfabetización digital debe preparar emocionalmente a los alumnos para madurar la toma de decisiones en las relaciones personales de tal forma que sean capaces de tolerar la frustración ante el posible rechazo o no aceptación por parte de los miembros del grupo si ello supone a la persona actuar de un modo que no le resulte correcto a su conciencia (hacer lo que se debe hacer) o no respetando las reglas de convivencia que se consideran justas y razonables.

Aquellos usuarios que utilizan la red como suplantación tienen una mayor propensión a crear una identidad virtual (reinventarse a sí mismo), alternativa (“otro yo”, vivir otra vida) y anónima (bajo un seudónimo y un perfil inventado). Navega anónimamente por la red intentando actuar coherentemente con los rasgos del nuevo perfil inventado. Este anonimato puede facilitar la manifestación de conductas antisociales (insultos, amenazas, *shitstorm*, etc.), dada la sensación de impunidad y protección que otorga. La sensación de anonimato que proporciona la red lleva a pensar que lo que comunicamos en la red no tiene consecuencias, y así vemos que se difunden, por ejemplo, imágenes hirientes o se usa la red para el ciberacoso. Hay que recuperar la sensación de responsabilidad: todo lo que hago o dejo de hacer tiene consecuencias, bien en mí o en los demás.

Sin embargo este tipo de identidad digital parece que está disminuyendo y que ha sido un modelo desarrollado mayormente en los primeros años de implantación de Internet. En la actualidad los usuarios de las redes sociales se encuentran en un proceso diferente de la identidad digital que se caracteriza por ser más madura, transparente e incluso aumentada. No sólo es que reflejamos nuestra identidad en Internet sino que se abre a nuevas posibilidades de expresión, de conocimiento personal y de realización personal al aprovechar las posibilidades de socialización que ofrecen las redes, sin tener que jugar a ser otros.

A ello se ha llegado por diferentes motivos:

- a. Las reglas de juego de las principales redes sociales promueven la participación de los usuarios con la identidad auténtica.
- b. Lo que comunicamos en la red *no se lo lleva el viento* sino que queda registrado, almacenado y puede ser incluso recuperado. Ello hace que “se activan más expectativas y se eleva la autoexigencia en cuanto a la coherencia o la autenticidad de lo comunicado” (Reig, 2013, p. 183).
- c. La confianza que necesitamos para una comunicación que no es cara a cara provoca una mayor exigencia mutua de responsabilidad sobre la identidad del interlocutor.

La transparencia se ha convertido en un imperativo: con la tecnología digital nos gusta la visibilidad narcisista, exponer sin apenas pudor nuestra intimidad convertida en información accesible a los demás. En un mundo amenazado por el vacío se impone un valor de exposición donde se absolutiza el aspecto exterior bello y la buena salud física. La realidad se simplifica y se reduce a la positividad, al “me gusta”, y así se facilita y acelera la comunicación, abandonando cualquier negatividad de lo otro y de lo extraño. “La hipercomunicación anestésica reduce la complejidad para acelerarse. Es esencialmente más rápida que la comunicación del sentido. Este es lento. Es un obstáculo para los círculos acelerados de la información y comunicación. Así, la transparencia va unida a un vacío de sentido. La masa de la información y la comunicación brota de un *horror vacui*” (Han, 2013, p. 31).

La Sociedad de la Transparencia parece ganar la partida e imponer una exhibición de la privacidad y la intimidad emocional de los usuarios. “Si hasta ahora todo era privado y gestionábamos lo que queríamos elevar a público, ahora todo es público e intentamos gestionar aquello que queremos mantener en privado. Y la tarea es cada vez más compleja, ya que los terceros que opinan y publican sobre nosotros empiezan a ser legión” (Roca, 2013, p. 190).

Indagar en la red sobre nuestro perfil está empezando a ser una realidad para la concesión de un crédito bancario, para contratar o controlar a un trabajador. etc. La falta de pudor en la exposición de nuestra identidad y nuestro comportamiento ante relaciones pasajeras está detrás de muchos casos de acoso. La educación en este sentido debe incorporar el aprendizaje de cómo gestionar y proteger nuestra identidad en las redes sociales y en el conjunto de Internet. Es una competencia que necesitamos

adquirir en nuestra vida actual para actuar con responsabilidad en nuestras relaciones digitales.

## **Dimensión sociocomunicacional**

Si algo define a Internet es la interactividad, la posibilidad de un diálogo abierto entre personas conectadas. A diferencia de los mass-media de la primera fase de la Sociedad de la Información (radio, cine, prensa, TV...) no somos meros consumidores pasivos de información sino que también nos convertimos en comunicadores activos: el receptor tiene la posibilidad de elaborar las informaciones recibidas, producir conocimiento y ser emisores activos hacia otros emisores/receptores. Además se puede realizar sin intermediación: cualquier persona conectada puede mandar información a la red en un proceso de permanente intercambio. Una adecuada alfabetización digital tiene que generar la capacidad de transformar esta libertad de la red en responsabilidad en relación el uso y distribución de la información que transmito y a quién y cómo la hago llegar.

Una buena parte de la gran cantidad de tiempo que dedicamos a utilizar las nuevas tecnologías se emplea en establecer comunicación online tanto con nuestros contactos y amigos como con personas desconocidas a las que nos podemos dirigir desde el anonimato. "Hoy los miembros nucleares de la familia pueden vivir aún bajo el mismo techo, pero a menudo sustituyen los intercambios sociales con familiares y amigos por las interacciones cibernéticas" (Small, 2009, p. 141). Frente al ordenador, el móvil, el videojuego, la televisión, permanecemos abstraídos con la atención focalizada en la pantalla, aislados del resto del mundo que no está online. Reducimos nuestro tiempo de interactuar directamente con otras personas *face to face*, cara a cara.

La comunicación digital es pobre en la mirada que me abre al encuentro con el otro. "En la actualidad desaparece cada vez más el rostro que está enfrente, que me mira, me afecta o que sopla en contra" (Han, 2014, p. 43), lo que refuerza una percepción más narcisista de la comunicación, cada vez más alejada del otro. Un ejemplo: por efecto de la óptica de la videocámara, en Skype no es posible mirarse el uno al otro (cuando en la pantalla se mira a los ojos del otro, este cree que su interlocutor mira ligeramente hacia abajo). La sociedad digitalizada refuerza la tendencia hacia lo individual en detrimento de lo comunitario. El medio digi-

tal se convierte en un *enjambre digital*, una comunidad de individuos aislados en sus *celdas*, que no se disuelven pasivamente en la masa, sino que optimizan su *perfil* (identidad) exponiéndose y solicitando atención.

Sin embargo, la interactividad de Internet permite un desarrollo de las relaciones interpersonales de naturaleza afectiva (además de las relaciones sociales creadas por afinidad entre personas y grupos que comparten ideas, intereses, trabajo, debate, etc.). “Se habrá comprendido, que la inteligencia colectiva no es un objeto puramente cognitivo. La inteligencia debe ser comprendida (...) como punto de unión no solo de ideas sino también de personas, ‘construyendo la sociedad’. Se trata de un enfoque muy general de la vida en sociedad y de su futuro posible” (Lévy, 2004, p. 17).

Las posturas, por tanto, se dividen entre los ciberpesimistas y los ciberoptimistas. Los ciberpesimistas (tecnófobos) creen que la comunicación *online* suplantará a la relación de cercanía presencial y contacto físico, permaneciendo aislado cada individuo en su identidad ficticia. Los ciberoptimistas (tecnófilos), por su parte, creen que las redes sociales de Internet complementan las relaciones reales que establece en la vida, en su comunidad, y en las que intervienen los cinco sentidos. La utilización de las redes sociales constituye una parte no exclusiva de sus relaciones reales, sino que se complementan y se apoyan.

## **Dimensión axiológica**

La tecnología digital es una herramienta que no es neutral en relación a su uso en el entorno social y político: los valores de la alfabetización deben orientarse hacia la formación de una ciudadanía democrática y una herramienta contra la exclusión social que supone la brecha digital entre los que saben manejar las nuevas tecnologías de manera creativa y socialmente cooperadora y los que se limitan a un uso consumista. En sentido contrario la alfabetización digital corre el riesgo de limitarse a ser una respuesta a las demandas del mercado, a las necesidades de mejorar la competitividad de las empresas mediante la formación técnica de sus trabajadores.

Hay que ser conscientes que cada vez que visitamos una página, que hacemos clic en un enlace, que realizamos un proceso administrativo



o un una compra electrónica...etc., muestran decisiones personales que proyectan rasgos de nuestra conducta y de nuestra personalidad. Esta acumulación y procesamiento de enormes cantidades de informaciones (*Big Data*) ha generado un poder sin parangón por parte de quienes los controlan al apoderarse de “la conducta social de las masas, pues echa la zarpa en su lógica inconsciente” (Han, 2014, p. 109). Es lo que constituye el denominado *psicopoder digital*, tan importante para el poder político y sus estrategias de control como para el poder económico en sus estrategias de manipulación publicitaria y de marketing. La acumulación y manejo de enormes cantidades de información que reflejan nuestros gustos, aficiones, deseos, expectativas, demandas, etc., ofrecen a las empresas comerciales y de marketing la inmensa posibilidad de ajustar sus ofertas a las particularidades de sus clientes (publicidad dirigida y personalizada). La veracidad de la información aumenta su valor comercial.

Ante las posturas ciberpesimistas y ciberoptimistas cabe preguntarse por la intencionalidad en el uso de la tecnología. ¿Es la tecnología de forma autónoma la que genera o destruye el conocimiento reflexivo y crítico, las relaciones sociales? Tanto en una dirección como en la otra, atribuir al medio tecnológico tal poder nos situaría en un posicionamiento determinista en el que la voluntad de sentido no tendría nada que decir respecto a la finalidad del medio digital. La alfabetización digital nos debe posibilitar que conozcamos las posibilidades y los riesgos de las TIC para obtener el mejor rendimiento posible y orientarlo hacia finalidades auténticamente humanizadoras.

La tecnología es fruto de la voluntad humana: es el hombre quién la crea y la transforma para facilitar su habitabilidad en el mundo. Amplían o complementan nuestras propias capacidades, a las que incluso pueden llegar a suplantar. Pero es la intencionalidad de la voluntad humana la que siempre tiene la posibilidad de decidir su orientación, su finalidad. El que los jóvenes desarrollen usos alienantes de las tecnologías digitales no es sólo debido a las características del medio tecnológico sino también a las renunciadas que los adultos realizamos de nuestra responsabilidad educadora. Una comunidad en la que la frustración existencial sea el clima general favorecerá los usos alienantes de las nuevas tecnologías digitales.

El camino hacia una alfabetización digital con sentido pasa por establecer redes sociales humanas, reales. Recuperar las relaciones huma-

nas. No perder las relaciones cara a cara. Reconocer al otro como otro, como ser individual distinto. Farré habla del *Homines aperti*, el ser que no se queda aislado y encerrado en su propia piel sino alguien en contacto y conexión con los demás (Farré, web). No debemos olvidar que siempre hay un ser humano delante de cada ordenador.

Necesitamos recuperar o restablecer redes humanas de apoyo familiar, escolar, social, etc.

El desarrollo del cerebro necesita estímulos medioambientales y contacto humano. Y son necesarios los dos. Los inmigrantes digitales podemos enseñar a los nativos a establecer y mantener contactos humanos, mientras que ellos nos pueden enseñar a usar la tecnología y usar la multitarea. Lo humano no puede quedar obsoleto. “Si no cuentan con la suficiente estimulación interpersonal, cara a cara, los circuitos neuronales del niño se pueden atrofiar, y es posible que el cerebro no desarrolle unas destrezas normales para la interacción social” (Small y Vorgan, 2008, p. 44); del mismo modo, se abre la perspectiva a conseguir que la comunicación sea más existencial y no tanto funcional, que se produzca un encuentro entre dos personas, que facilite el flujo entre dos autenticidades, la puesta en contacto de dos existencias”.

El camino y la reflexión están solamente iniciados. A cada uno de nosotros nos compete descubrir cómo el uso de las nuevas tecnologías nos acerca o aleja del sentido.

## **Conclusiones**

Las nuevas tecnologías y formas de comunicación están presentes en nuestra vida. Esto produce cambios a distintos niveles: cognitivos, sociales, relacionales, educativos y emocionales.

Algunas consideraciones sobre el camino a seguir para una verdadera alfabetización digital desde un planteamiento que considere al ser humano en su integridad serían:

- Desde la dimensión instrumental, es necesario adquirir el conocimiento y habilidades para el uso de las nuevas tecnologías, pero sin precipitarlo en las primeras fases de educación formal y siempre con la colaboración de los padres.

- Desde la dimensión cognitivo-intelectual, la gran cantidad de información accesible ha de ser analizada críticamente y reconstruida personalmente. Ha de cultivarse también la concentración, atención, esfuerzo y profundidad con la lectura clásica. En esta misma perspectiva la imagen tiene un poder comunicativo sin precedentes, pero la escritura aporta una profundidad y precisión también necesarias.
- Desde la dimensión emocional, habrá que cuidar las nuevas formas de vinculación con un equilibrio dinámico entre privacidad y exposición pública y recuperar la sensación de responsabilidad en la red.
- Desde la dimensión sociocomunicacional se valora la interactividad, pero se han de potenciar los niveles comunitarios y la comunicación presencial, para mayor profundidad.
- Desde la dimensión axiológica se deberían fomentar los valores sociales, superando la sumisión a las demandas del mercado y las empresas, máxime teniendo en cuenta la acumulación y procesamiento de las enormes cantidades de información que se generan en la red.

El camino hacia una alfabetización digital con sentido pasa por establecer redes sociales humanas, reales. El desarrollo del cerebro necesita estímulos medioambientales y contacto humano; los inmigrantes digitales pueden enseñar a los nativos a establecer y mantener contactos humanos, mientras que estos pueden enseñar a usar la tecnología y la multitarea a los primeros.

*Luis DE LA PEÑA es educador social, trabaja en Cáritas Diocesana de Alcalá de Henares. Es miembro de la junta directiva de AESLO.*

*Miguel Ángel CONESA FERRER es psicólogo y escritor. Formado en logoterapia, terapia de aceptación y compromiso y atención infantil. Es miembro de AESLO.*

## Referencias

Área, M. et al. (2012). La alfabetización en la sociedad digital. En VV.AA.: *Alfabetización digital y competencias informacionales*, pp. 3-41.

Madrid: Fundación Telefónica y Barcelona: Ariel. Descargado el 12/09/2014 de: [https://ddv.ull.es/users/manarea/public/libro\\_%20Alfabetizacion\\_digital.pdf](https://ddv.ull.es/users/manarea/public/libro_%20Alfabetizacion_digital.pdf)

Bruzzone, D. (2011). *Afinar la conciencia. Educación y búsqueda de sentido a partir de Viktor Frankl*. Buenos Aires: San Pablo.

Carr, N (2011). *Superficiales. ¿Qué está haciendo Internet con nuestras mentes?* Madrid: Taurus.

Cassany, D. y Ayala, G. (2008). Nativos e inmigrantes digitales en la escuela. *CEE. Participación Educativa*, 9, 53-71.

Eco, U. (2012). De Internet a Gutenberg. En VV.AA., *La Comunicación: de los orígenes a Internet*, pp. 49-64. Barcelona: Gedisa.

Frankl, V. (2001). *Teoría y terapia de las neurosis. Iniciación a la logoterapia y el análisis existencial*. Barcelona: Herder.

Han, B-C. (2013). *La sociedad de la transparencia*. Barcelona: Herder.

Han, B-C. (2014). *En el enjambre*. Barcelona: Herder.

Heidegger, M. (1997). *Filosofía, Ciencia y Técnica*. Santiago de Chile: Universitaria.

Latouche, S. y Harpagés, D. (2011). *La hora del decrecimiento*. Barcelona: Octaedro.

Lèvy, P. (2004). *Inteligencia colectiva. Por una antropología del ciberespacio*. Descargado el 12/09/2014 de: <http://inteligenciacolectiva.bvsa-lud.org/public/documents/pdf/es/inteligenciaColectiva.pdf>

Lukas, E (2000). *También tu sufrimiento tiene sentido. Alivio en la crisis a través de la logoterapia*. México DF: LAG.

Moragas et al. (2012). *La comunicación. De los orígenes a internet*. Barcelona: Gedisa.

Reig, D. y Fretes, G. (2013). Identidades digitales: Límites poco claros. En A. Sacristán (Comp.), *Sociedad del Conocimiento Tecnología y Educación*, pp. 179-186. Madrid: Morata.

Roca, G. (2013). ¿Qué dice la Red de ti? Redes sociales e identidad digital. En A. Sacristán (Comp.), *Sociedad del Conocimiento Tecnología y Educación*, pp. 187-192. Madrid: Morata.

Sacristán, A. (2013). *Sociedad del Conocimiento Tecnología y Educación*. Madrid: Morata.

Small, G. (2009). *El cerebro digital. Cómo las nuevas tecnologías están cambiando nuestra mente*. Barcelona: Urano.

Salomon, G. (1992). Las diversas influencias de la tecnología en el desarrollo de la mente. *Infancia y aprendizaje*, 58, 143-159. Descargado el 12/09/2014 de: [dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/48400.pdf](http://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/48400.pdf)

Spitzer, M. (2012). *Demencia digital. El peligro de las nuevas tecnologías*. Barcelona: Ediciones B.

Ure, M. (2010). *Filosofía de la comunicación en tiempos digitales*. Buenos Aires: Biblos.